

Palabra de esperanza

“Y LE PRESENTARON LA PALABRA DEL SEÑOR TANTO A ÉL COMO A TODOS LOS QUE VIVÍAN EN SU CASA. [...] ENSEGUIDA ELLOS LO BAUTIZARON A ÉL Y A TODOS LOS DE SU CASA” (HECH. 16:32, 33).

Mi nombre es Luis Antonio, y soy adventista desde los catorce años. Estoy casado con Judit, y tenemos una hija de diez años. Desde que el padre de mi esposa murió, Judit ha dejado la iglesia. Hasta ahora, pido al Señor que permita su regreso, no dejando de orar y recibir el sábado con ella.

Vivo en el segundo piso de una casa de cuatro plantas donde residen también mi suegra y mis cuñados, en la ciudad de Cerro de Pasco (Perú). Soy el único que pertenece a la Iglesia Adventista en el hogar.

Una tarde, cuando recién comenzaba la cuarentena decretada por el Gobierno, mi suegra vino a conversar conmigo. Por su avanzada edad, no se traslada mucho. Charlamos varios minutos y, en un momento de silencio, le pregunté si podría leer con ella un libro de la iglesia, y accedió con entusiasmo. Abrí las lecturas devocionales para damas. Y así comenzamos a hacerlo: cada día por la tarde, una hora antes de ocultarse el sol, nos reuníamos.

Al tercer día, iniciamos el estudio bíblico *La fe de Jesús*. Estudiamos toda la semana hasta que, una tarde, no pudo venir, porque se sentía un poco mal de salud. Entonces, decidimos ir con mi esposa a su habitación para continuar con la lectura. Mi esposa también invitó a sus hermanos, con sus respectivas familias, y estuvimos un total de doce personas compartiendo un culto. Para mí, fue una sorpresa ver a mis cuñados escuchar de Dios.

Durante las siguientes noches, las cuatro familias que vivimos en la casa leímos las lecturas devocionales una hora antes de ir a descansar. Cuando terminamos de leer ese libro, le consulté a Dios cómo debía seguir. ¡Grande es nuestro Dios! Permitted ahora comenzar a leer la Biblia sistemáticamente con todos. El Señor transformó la crisis en oportunidad de salvación, así como Pablo y Silas transformaron una cárcel sombría en un lugar de esperanza. Mi deseo sincero es que tanto mi familia como la tuya sigan el ejemplo del carcelero de Filipos y su casa.

“Entonces el carcelero reunió a todos los de su casa, y Pablo les predicó de Jesús. Así quedó el corazón del carcelero unido al de sus hermanos, les lavó las heridas dejadas por los azotes, y él y toda su casa fueron bautizados esa noche” (*Primeros escritos*, p. 234).